

## LAS AMENAZAS DE REVUELTA

(La Voz Nacional - Agosto de 1884)

En 1870, cuando gobernaba en Colombia el partido radical, fue invitado el actual redactor de este periódico, en nombre de algunos de los liberales excluidos entonces del poder, a tomar parte en un movimiento armado para derrocar el gobierno existente, y la respuesta a tal invitación fue la inmediata publicación del siguiente escrito. Hoy lo reproducimos sin modificación, pues ninguna necesita en lo sustancial, con el doble propósito de contribuir a propagar doctrinas que creemos sanas y útiles en la actualidad, y el de darlas además, corroboradas con la experiencia de los últimos catorce años. A Dios gracias, nuestras ideas son hoy las mismas que profesábamos entonces.

### LA PAZ

De algún tiempo a esta parte se ha hecho de moda repetir: **Queremos Paz: La Paz es la necesidad de la República: la Paz a todo trance.** Ciertamente, hoy esa palabra encierra el programa completo de nuestra política; pero ¿todos los que la repiten, quieren verdaderamente la Paz? Por desgracia ni sus discursos ni sus hechos lo comprueban. Sin duda hay algunos que la aclaman por convicción, mas otros la desean por puro instinto, y en no pocos el hablar de paz es efecto del hábito de repetir los últimos sonidos, como repiten el eco las montañas. Que la Paz es una necesidad, no de hoy ni de este país solamente, sino de todos los tiempos y de todas las naciones, no es cosa que

necesite demostración; y que la Paz es el bien mayor que deban apetecer cuantos pueblos aspiren a la verdadera civilización cristiana, nos lo dijeron bien, hace más de diez y ocho siglos, aquellas palabras celestiales que fueron su dulcísimo preludio: "Gloria en el cielo a Dios y paz en la tierra al hombre".

Y ¿pertenecen por ventura los que tanto nos hablan de Paz a aquellos hombres de buena voluntad a quienes fue prometida en las cercanías de Belén? Sea que hayan meditado poco en la significación de la palabra que pronuncian, o sea que se equivoquen en los medios de convertirla en realidad, es lo cierto que son muchos los que invocan la Paz y poquísimos los que de veras trabajan por cimentarla. Paz, dicen unos, y ponderan, no obstante, la iniquidad de sus adversarios, y sublevan las pasiones contra ellos y amenazan con la disolución de la República; Paz, dicen otros; pero insisten en injuriar, befar y escarnecer al partido vencido y a sus hombres prominentes; vierten sobre ellos el sarcasmo y la ironía, y no cesan de evocar los recuerdos del pasado para mantener vivos los odios y excitado el furor de las venganzas: la Paz a todo trance, tornan a repetir los unos y los otros, pero producen el alarma lanzando ideas disolventes y subversivas; hacen de los magistrados el blanco de sus tiros envenenados, y les impiden con ello que, libres de prevenciones, mediten en calma, vuelvan sobre sus pasos, corrijan sus errores y dejen al fin de ver en sus adversarios enemigos caprichosos y tenaces.

Dígase lo que se quiera, no es así como puede afirmarse la Paz, en ninguna sociedad política, y menos en una República democrática cual la nuestra, tan trabajada por la discordia y tan propensa a dejarse arrastrar por las pasiones. Es preciso que meditemos en lo que es la Paz en sí misma, y que, conociéndolo, hagamos todos en sus aras algún sacrificio, no precisamente de nuestros derechos, sino de su exageración; no de nuestras legítimas aspiraciones, sino de las voluntariosas exigencias del corazón. Entremos de una vez en el campo de los principios, atrincherémo-

nos en él y olvidemos hasta el nombre de las personas, las cuales nada significan en el fondo de las cosas, pues hoy son y mañana desaparecen. Ojalá pudiéramos también relegar al olvido el nombre odioso de los partidos; pero ya que esto es imposible, porque representan principios, opongamos en calma las doctrinas del uno a las del otro; comparemos las consecuencias prácticas de ambas y procuremos demostrar con ellas la verdad de las que profesamos: así tendremos Paz y la Paz traerá consigo, para la querida patria, orden y libertad.

Tiempo ha que marchamos de revolución en revolución: cada guerra civil ha engendrado otra más desastrosa que la anterior, y en cada contienda nuevos caudillos, más bárbaros y crueles que los precedentes, han salido a la escena, y nos han forzado más de una vez a saludarles con las palabras de la vieja de Siracusa: "¡Dios te guarde, Dionisio, Dios te guarde!" Nada, absolutamente nada, hemos ganado con ellas, ni en amor a la paz ni en elementos de orden y estabilidad. Todos los partidos, alternativamente, han sido conspiradores y rebeldes, todos se han dividido pasado el día del triunfo, y todos han caído después de divididos para compactarse de nuevo y reaccionar contra el orden. ¿Continuaremos así indefinidamente? ¿Ninguno de ellos, aleccionado por la experiencia, tendrá la resignación bastante para variar de conducta y buscar en la calma de la Paz lo que hasta ahora ha solicitado inútilmente entre el ruido de las armas? ¿Habremos de seguir ensayando siempre todos los medios destructores, y no probaremos nunca el único que con seguridad conduce al triunfo de la verdad y de la justicia? Oh! renunciemos ya a esta vida de matanzas, que nos lleva a la barbarie! Obediencia a la autoridad, resignación al sufrimiento y Paz a todo trance. Esta debe ser nuestra divisa. Cerremos solemnemente el templo del dios Jano, para que caiga sobre nosotros en riego saludable la doctrina de amor y libertad! Venga la Paz, y haga que de la negra confusión de la anarquía que nos devora, renazca depura-

da y brillante la República, como de la oscuridad de las Catacumbas salió para alumbrar al mundo la luz de la civilización cristiana.

¿Cuáles son las causas de nuestros males? La ambición, la tiranía, la perversidad de los partidos: esto dicen muchos de nuestros hombres que se creen estadistas. Oh! no, señores; la desmoralización, el desacuerdo en ideas morales y políticas, la falta de industria y de comercio, lo inapropiado de las instituciones a nuestras necesidades, y la ignorancia, que es mayor de lo que se cree, he aquí las verdaderas causas del mal: todo lo demás son puras consecuencias. El remedio no está en la guerra, que las fomenta y agrava: está en la Paz, que las aniquila lentamente bajo su sombra bienhechora.

Ningún hombre tiraniza solo: necesita del auxilio y del apoyo de otros; y aquí ¿dónde están las fuerzas extranjeras de que dispongan los tiranos? Si hay tiranía, compatriotas nuestros son quienes la sirven, y es preciso que sean muchos, supuesto que no hay tiranía que pueda resistir a la omnipotencia de la opinión, y que hace tantos años que nos quejamos de ella y no la destruimos. Pero, ¿será cierto que la mayoría de la nación la apetece y la sostiene, o deberá más bien su existencia a un fenómeno moral que necesita explicación? Echad una mirada sobre nuestra tierra y decid si alcanzáis a ver la nacionalidad. Invocad a los que hoy llamáis colombianos, y ninguno os responderá; pero decid: ¡lea, cundinamarqueses, panameños, caucanos, antioqueños, etc., y oiréis tal cual voz débil que os hará comprender la existencia de esas entidades, fraccionarias y enfermizas de diferentes dominaciones. Pasad a los Estados, y hallaréis que cada pueblo es rival del vecino, que cada provincia o departamento ve más lo que él cree su propio interés que el interés del Estado y que cada sección, en fin, se considera tiranizada por las demás. Y si de aquí descendéis a los individuos, notaréis desacuerdo en ideas morales, desconcierto en las políticas y administrativas, rencores de partido, odiosidades de persona

a persona, y frecuentemente olvido lastimoso de las nociones más comunes de equidad y de justicia. La sociedad no forma una masa compacta y firme que oponga resistencia fructuosa a ningún poder arbitrario; y éste, más poderoso que cada uno de los individuos separadamente tomados, aparece más fuerte que la sociedad entera: he aquí la tiranía. Pero unid a los hombres por el vínculo común de las ideas y de los intereses, y la tiranía, al mirarlos de frente, huirá desalentada, como el toro suspende su furiosa embestida, y acobardado, sacude la cabeza y se retira al ver que se agrupan y le aguardan de firme los mismos a quienes antes, dispersos, persiguiera.

Es preciso cerrar los ojos a la evidencia de los hechos, para no culpar de nuestros males al utilitarismo; a ese pretendido principio que, enseñando a olvidar el bien de todos para ver sólo el interés del individuo y elevando a ley social la desconfianza mutua, obliga a cada cual a dudar de su vecino y a escoger en la dura alternativa de condenarse al aislamiento o transigir con los tiranos! Vil, maldita doctrina que hubiera satisfecho a aquel rey de Egipto que fundó la inmoral política de "dividir para reinar" o a Maquiavelo que, siglos después, la formuló en su famoso **Príncipe** y la convirtió en proverbio inolvidable. Moralizar, pues, combatir el utilitarismo, restaurar en su puesto la justicia, poner a los ciudadanos de acuerdo en principios morales e ideas políticas, ésta y no otra es la gran necesidad de la República. Un pueblo desmoralizado ensayará mil formas de gobierno; mas por sobre la Constitución cualquiera que sea, aparecerá siempre la figura de un hombre que se burle de las leyes y se haga árbitro de los destinos de la sociedad, sin que nadie le imponga la pena legal de su conducta. Y no os afanáis por solicitar un tirano honrado; que la honradez y la tiranía se rechazan: ni pidáis tampoco a la inteligencia que se encargue del poder; que la inteligencia nada puede donde falta la virtud. Castiga Dios en los pueblos, dice el texto sagrado, los delitos de los reyes o gobiernos; y

¿por qué? Porque los gobiernos no hacen la iniquidad sino cuando se sienten apoyados por la iniquidad de una parte de la nación y por la debilidad y cobardía de otra porción de la misma que, en muchos casos, es también iniquidad. Ah! desgraciado del pueblo que merece un tirano! El que aspire a redimirlo será crucificado, pero el tirano vivirá; en su presencia el asesino temblará; el brazo le faltará, y el puñal caerá de sus manos; Oh! "nadie se atreverá a matar a Cayo Mario!" ¡Así guarda Dios con la propia timidez de los pueblos, la vida de esos malvados que destina para instrumento de su justicia! No pretendamos sustraernos al imperio infalible de su ley. No preguntéis por qué hay tiranía ni intentéis remediarla con la guerra que aumenta la desmoralización, estimula las pasiones y separa más y más a los hombres unos de otros. Resignaos y trabajad en la paz por restablecer la virtud y crear en el país intereses morales y materiales que sirvan de base a la verdadera civilización. Pero, si estamos desmoralizados, ¿quién entre nosotros podrá hacer esto? ¿Quién? se nos dirá.

Hay un gran partido en nuestra patria, que en las épocas de régimen legal ha depositado en las urnas electorales doble número de votos que todos sus contrarios, y que, no obstante, se halla excluido del poder, el cual puede, con sólo su querer, darnos con la Paz todos los bienes que apetecemos. Vencido en los campos de batalla, merced al desacuerdo de sus hombres en ideas, ha permanecido nueve años bajo el pesado yugo de la intolerancia religiosa y política de sus infatuados vencedores, y los escándalos que por oprimirle han dado éstos al mundo durante el período de su dominio, le suministran más que suficientes documentos para hacer comprender que sólo él profesa en esta tierra las verdaderas doctrinas republicanas, y que sólo él ha sabido aliar aquí la libertad con la justicia. Divididos hoy los vencedores en dos facciones enemigas, ambas apasionadas, ambas sectarias del interés y ambas débiles, siente cada cual de ellas la necesidad de hacerse fuerte para resistir, vencer y domi-

nar a su contraria. Una y otra, ora en la nación, ora en los Estados que respectivamente gobiernan, tienen, mal de su agrado, que escoger entre dar garantías a los conservadores para ganar siquiera su apoyo negativo, o sucumbir tristemente, víctimas de su propia iniquidad, bajo el poder de esos mismos conservadores apoyados por la facción opuesta; pues es una ley indeclinable de las democracias que los partidos se compacten en la opresión y reaccionen con tanto más vigor cuanto más pesadas hayan sido sus cadenas y mayor y más cruel su esclavitud. El conservador puede hoy escoger entre usar de su número y hacer gala de su fuerza física para escarmentar a su opresor, o apelar a su inteligencia y virtud, para ostentar su grandeza moral en servicio de la justicia y de la patria. ¿Qué hará?

Los que miran más a pasajeras conveniencias de actualidad que a bienes permanentes pero tardíos, y prefieren los intereses físicos y precarios de los partidos o de las personas a los morales y sólidos de la nación, aconsejarán sin duda a los conservadores aprovechar tan favorable coyuntura para organizarse, formar una masa compacta, caer sobre sus adversarios divididos, y entonar sobre los despojos de ambos un himno de victoria con el tema que recomienda Bethman: "es dulce la venganza como la miel arrancada de las fauces del león"; pero, ¿no es esto mismo lo que han hecho constantemente los partidos en la infeliz América, y sus triunfos no han sido siempre efímeros? Los vencidos han tornado a unirse y los vencedores a dividirse: otra vez ha estallado la rebelión, y otra vez, olvidados los principios, se ha hecho altar de los cadáveres para celebrar el apoteosis de la ira. No es esto, pues, lo que conviene, no es este el deber de un partido que ha inscrito en sus banderas **justicia y libertad**. Demostrar con hechos positivos que su amor a la paz es sincero, que tiene la íntima convicción de sus principios y la resolución y virtud necesarias para hacerlos triunfar por sólo el poder de la opinión; he aquí la política que le acon-

sejan la prudencia y la sabiduría; he aquí el precepto que le imponen sus creencias religiosas y políticas.

Cuando los hechos de este numeroso partido persuadan a los magistrados que ni para sí mismos, ni para la tranquilidad de la república tienen nada que temer de tan gran mayoría de ciudadanos, sus injustas prevenciones desaparecerán: ciertos entonces de contar con su poderoso apoyo para sostener el orden y mantenerse ellos mismos en el poder, no les serán necesarios los arbitrios pérfidos y crueles a que suele ocurrir la suspicacia de la debilidad en su perpetua aprehensión de ser atacada y derribada; y libres, en fin, de los cuidados y zozobras del alarma, tendrán tiempo y medios disponibles para fomentar el bien prócomunal. Mas, si diversa de esta fuere su conducta, tanto peor para ellos en el día terrible del juicio a que serán llamados más tarde o más temprano por la República indignada. Y no será eso sólo: los bandos que pudieran concebir intenciones de alterar el orden, temerosos de verse luego reprimidos por el gobierno, apoyado en la numerosa masa conservadora, se guardarán de toda tentativa, y hasta de todo pensamiento de subversión. Generalizada así la confianza en el país, todos los espíritus se sentirán tranquilos, calmarán las pasiones de bandería y los rencores personales, que son su consecuencia; las leyes entrarán de nuevo en el carril de la justicia; los caudillos perderán su funestísimo prestigio; se forjarán arados de las armas arrinconadas y enmohecidas, y las ruinas y pavesas que dejaron las revoluciones en los campos, cubiertas de abundante mies, indemnizarán al labrador de las pérdidas pasadas y de sus nuevos afanes; y, en fin, la industria y el comercio que no piden sino paz para hacer un emporio de nuestra fértil tierra, extenderán sobre nosotros esa red de variados intereses que liga entre sus mallas a todos los pueblos civilizados y cristianos.

Pero no basta el no turbar la paz con las armas, es preciso evitar cuanto pueda tender a alterarla: el insulto de palabra, la burla y el sarcasmo. No es tiempo



de esgrimir esa espada de dos filos que el mismo autor de estas líneas, joven inexperto, creyó alguna vez poder manejar con público provecho. Cuando el error es incipiente y corto por lo mismo el número de sus prosélitos, al sentir la burla que lo hiere y escarnece, se avergüenza y se esconde; y del propio modo, cuando va en derrota y la opinión general le es cada día más adversa, la pluma de un Cervantes le da el golpe decisivo; pero esa misma arma, empleada inoportunamente, sin convencer al adversario, le irrita, le ofusca para no ver la verdad, y le da nueva fuerza y nuevo brío. Guardaremos consideración a nuestros enemigos por absurdas que nos parezcan sus ideas, que quizá nosotros mismos alguna vez hemos participado de ellas: no pongamos en duda la buena fe con que sostienen errores que por sesenta años se han estado predicando en nuestra sociedad e inculcando a la juventud estudiosa como verdades inconcusas. ¿Qué culpa tienen ellos de no ver cuando intencionalmente les hemos vendado los ojos? Muchos de los que tiranizan, están muy lejos de creerse tiranos: tal vez imaginan, candorosos, que están haciendo el bien de la República y sacrificándose por ella. Pobres hombres!

Si es malo en general emplear el lenguaje hiriente y corrosivo en las discusiones políticas, es peor todavía cuando ataca al gobernante; porque, ¿cómo decidirá en calma los graves negocios del Estado el que por causa de éstos mismos se mira de antemano colocado en la picota del escarnio? Gobernar es difícil. ¿A quién no ha sucedido, al dirigir sus ojos desde la altura de los montes hacia el fondo de los valles, confundir las colinas con las llanadas, y tomar acaso un lago por una nube, o una nube por un lago? Esta es la imagen del gobernante. Colocado en la altura no ve la sociedad sino de lejos y al través de los vapores que en torno suyo levantan las pasiones e intereses, ora del partido que le apoya, ora de los individuos que le cercan. Si tan difícil es percibir claramente la realidad de los hechos no le ofusquemos más levan-

tando en su corazón las nubes tempestuosas de la ira. Injuriarle y calumniarle es conducta, sobre inmoral, impolítica y antipatriótica. Mas, supuesto que hay tantos que la siguen, sea la nuestra una voz imparcial y moderada, que alce hasta las regiones del Gobierno la cándida verdad. Probemos con hechos que la prensa no es siempre en la República la tea que inflama y que destruye, sino la luz que alumbra y vivifica. ¿No habrá en cada Estado un hombre siquiera que opine como nosotros? Pues si lo hay, coopere a la realización del pensamiento; ponga a sus servicios las relaciones de amistad de que goce; recoja noticias ciertas sobre los hechos y omisiones censurables de los magistrados y demás funcionarios públicos en lo político, judicial y administrativo; reúna datos estadísticos en lo criminal, mercantil, industrial y de hacienda, y publique todo periódicamente, sin acrimonia ni apreciaciones ofensivas de ninguna especie: entonces los gobernantes tendrán luz para dirigir su conducta, los escritores punto de apoyo para fundar sus reflexiones, y la Nación, con conocimiento pleno de sus propias circunstancias, se uniformará bien pronto en ideas y acomodará la legislación a sus necesidades. El partido conservador, pues, se halla hoy en la situación más feliz imaginable para decidir de nuestra suerte, engrandecerse a sí propio, engrandecer el país que tantos sacrificios le debe, y dar un ejemplo provechoso a sus inconsultos enemigos, a las generaciones futuras y a la América toda: al partido conservador toca hoy la alta, nobilísima misión de salvar la República y fundarla sobre bases incontrastables. ¿Le faltarán para ello voluntad o virtud?

Acaso podría decirse que una conducta prescindente, cual nosotros aconsejamos, estimularía a los hombres que hoy gobiernan, a ejercer más franca tiranía; pues que libres de temor, desarrollarían tranquilamente sus planes liberticidas. Aunque no nos inclinamos a hacer el panegírico de los actuales magistrados, no estamos de acuerdo con esa manera de pensar. Los hombres no son nunca ni tan malos ni tan buenos

como lo supone la exaltación de los partidos: todos poseen alguna virtud, conocen más o menos la justicia, aman la patria y, sobre todo, aman su propia gloria que, como gobernantes, se ligan con el bien de la República. De ordinario lo que importa es ilustrarles y desapasionarles. Pero bien pudiera suceder que los nuestros se cegaran hasta el punto que se teme. Entonces su conducta daría pruebas que no serían perdidas en el tribunal de la opinión. Ellos no son la República. Los magistrados, es cierto, son capaces de arrastrar en su extravío a un corto número de ciudadanos; pero la ceguera de la pasión no puede ser nunca permanentemente el estado normal de un partido numeroso. Si los hombres siguen algunas veces el error, es por la semejanza que el error se da con la verdad y porque la exaltación no les permite reconocerlo; jamás la mayoría de ningún partido lo ha defendido a sabiendas: désele tiempo y medios para desengañarse, y luego le veréis abandonarlo. La opinión que se funda en el error, es como las nieblas de la mañana que se disipan con los primeros rayos del sol.

No faltarán algunos que, impacientes o ambiciosos, no comprendan esta política de resignación y sacrificio. No nos referimos, por supuesto, a aquellos que buscan el poder y los empleos por amor al lucro vil, y en quienes el corazón y la cabeza son simples dependencias del estómago; de éstos nada tiene la patria que esperar. Ellos no podrán penetrarse nunca de que lo que menos conviene a nuestra inteligente juventud, es apocarse en las oficinas públicas y reducir sus aspiraciones a sueldos miserables, y que, por el contrario, su exclusión de estos puestos, obligándola al ejercicio de la industria y a la cultura de su ingenio, la prepara para días de prosperidad y gloria. Hablamos de esos hombres dignos, ilustrados y patriotas que, convencidos de la verdad de sus principios, juzgan de buena fe que, poseedores de la autoridad, harían la dicha de la Nación, y por lo mismo hallan inexplicable que les aconsejemos prescindencia. Nos-

otros, que nos honramos con la amistad de muchos que así opinan, aplaudimos su nobilísima ambición, y si para gobernar con acierto bastaran talentos, vastos conocimientos en las ciencias políticas, versación en la historia y amor patrio, los veríamos de buena voluntad dirigiendo los destinos del país. Pero no nos alucinemos: el político debe fijarse mucho en estudiar las condiciones de los pueblos que pretende guiar, atender a las leyes providenciales que rigen la sociedad, e inquirir cómo deben cumplirse esas leyes en circunstancias dadas. No va siempre y necesariamente la gloria unida al poder: no fue Sócrates gobernante en Atenas ni Aristóteles ministro de Alejandro; pero la gloria de ambos ha atravesado los siglos. La gloria consiste en hacer el bien y el bien se hace desde la cabaña del pobre o desde el palacio del magistrado. El poder es un medio de hacer el bien, pero no el único. Muchos hombres de sanas intenciones que, en otras circunstancias hubieran sido reputados genios bienhechores, han caído tristemente desde la altura del solio entre la rechifla de sus conciudadanos y pasado sin hacer ningún bien; porque, impacientes, no supieron aguardar el momento oportuno y se lanzaron al poder. En la actual situación de nuestro país, ningún gobierno puede contar con mayoría positiva que le apoye; porque la anarquía política y moral ha producido dondequiera el desacuerdo y la división. ¿De qué sirven las mejores dotes intelectuales para el gobierno cuando falta la opinión? Subir hoy uno entre nosotros las gradas del solio, es correr a su propio descrédito, es trepar a la roca Tarpeya. Dejémos, pues el gobierno a nuestros enemigos; que se desacrediten y desempeñen ellos. Si la felicidad pública necesita víctimas y ellos se ofrecen voluntarios a serlo, loado sea Dios! pues nos ahorran el sacrificio de los nuestros. Sí, sea para nosotros la gloria de conservar la paz y quede para nuestros adversarios la vanidad del poder. Sus propios errores y su caída nos pondrán en las manos medios y ejemplos prácticos para dar a los pueblos enseñanza saludable, corroborar

nuestros principios, generalizar nuestro credo político, en una palabra, para hacernos a opinión uniforme. Conseguido esto no será necesario esfuerzo ninguno de nuestra parte: por la corriente natural de las cosas, nuestras doctrinas presidirán en el gobierno y en la administración, y en cuanto al personal, poco significa cuál sea. El verdadero triunfo de un partido no consiste en llevar sus hombres al poder: le es más glorioso hacer que quienes lo ejercen adopten sus ideas.

Profesamos por principio que es deber de todo ciudadano sostener el Gobierno existente, sean cuales fueren su forma y los hombres que lo encabezan. No negamos la importancia de las formas, pues en parte, de éstas dependen nuestros males; pero al fin son simples accidentes: con todas se puede hacer el bien, mediante más o menos esfuerzos y sacrificios: y los hombres son menos que las formas; ecos de las opiniones e intereses de su época e instrumentos de los partidos, cambian o desaparecen como las opiniones, como los intereses, como los partidos. No hay más medio de mejorar los gobiernos cuando son malos, que obrar sobre la opinión para crear nuevos intereses y modificar los partidos. Cuando una vez se ha uniformado la mayoría nacional en la profesión de una idea y se han ligado sus miembros con los intereses consiguientes a ella, entonces los gobiernos la acatan, la respetan y buscan solícitos su apoyo: tal es el curso natural de las cosas. A veces, es verdad, gobernantes desatinados pretenden oponer al torrente, y viene un movimiento armado que los derriba y reemplaza. Se juzga entonces que la revolución hizo el bien, que la guerra fue la causa de la reforma; mas no es así: la guerra fue el medio, talvez el menos eficaz; y sin ella la reforma se habría verificado más sólidamente y con menos sacrificios. Un pueblo en que las revueltas se repiten sin realizar ninguna mejora estable, da con ello prueba de carecer de intereses y opiniones fijas, y como sólo en la paz podrá crearlos, es para él la paz la primera y más urgente necesidad, y el ciudadano o

el partido que pudiendo dársela, no lo haga, obra como hijo desnaturalizado.

Es, pues, en la Paz cuando se puede comprobar la falsedad de los principios y doctrinas que sirven de base a nuestras instituciones actuales. Habiéndonos resignado a soportarlas, debemos dejarlas funcionar libremente, para no proporcionar a sus autores con nuestra rebelión una disculpa. Si conforme a ellas nos exigen que hagamos algo contrario a la moral, entonces nuestro deber es sufrir, perecer, si es necesario; pero rebelarnos jamás; porque, lo hemos dicho, no hay fuerzas extranjeras que apoyen la tiranía para reprimir el querer de la nación, único caso en que sería lícito apelar a las armas. Nos han prometido labrar nuestro bienestar, y gran parte de los pueblos les ha creído: que lo labren, pues, démosles término para ello. Si salen fallidas sus promesas, allí está la Nación para pedirles cuenta. Si en vez de trabajar en nuestra dicha, se ocupan en forjar cadenas para esclavizarnos, dejémosles hacer, que de entre ellos mismos saldrá ¡el Ciro que restablezca el templo y los sacrificios! Difundamos nuestras doctrinas, probemos con hechos la falsedad de las contrarias, y cuando la sociedad llegue a sazón, de los Césares mismos nacerá el Constantino que habrá de alzar en triunfo el lábaro sagrado de nuestra fe política y moral.

No se diga que pedimos una abnegación que no puede ser nunca la de un partido numeroso. La masa de los partidos no obra por sí; es dirigida por pocos, y éstos, si no se convencen con las reflexiones, se convencerán más tarde por la evidencia de los hechos. La opinión, se dice, es señora del mundo: sí, pero hay algo más poderoso ante quien la opinión baja humilde su orgullosa frente, y este algo es la verdad. Doce hombres la recibieron en depósito diez y ocho siglos ha, esos doce hombres la predicaron, millares la siguieron y la opinión del mundo cayó arrodillada ante la cruz.

Las circunstancias son propicias para la obra de pa-

cífica restauración que proponemos. Es tal la anarquía intelectual, política y moral que han producido el desvío y el desprecio con que se ha mirado todo lo que tiene relación con las verdades religiosas y la predicación y enseñanza de doctrinas fundadas en esos mil sofismas brillantes que se han llamado principios, que mientras una gran parte, talvez la mayoría de nuestra clase ilustrada y especialmente de la juventud, se encuentra desorientada, nadando cada cual sin dirección en un piélago de ideas inconexas, sin hallar en su agonía un punto firme sobre donde posar el pie, y pidiendo ansiosos la verdad, vemos en todos los estados, en todas las provincias y en todos los pueblos, hombres de virtud, patriotismo y luces, que desalentados por las decepciones y reveses se han condeñado al aislamiento, se niegan a tomar parte en la cosa pública, y declaran con dolor, perdida toda esperanza de salud. Pues bien, pongamos en relación a los unos con los otros; los últimos serán nuestros cooperadores espontáneos, los primeros los escucharán y seguirán y el resultado será glorioso para el partido conservador y para la patria.

Es una ley que el exceso del mal traiga el remedio, que el olvido de la verdad produzca el amor a la verdad, y que ésta, por obra providencial, renazca, como dice Cantú, del tronco mismo del error. ¿No notáis con qué avidez la busca hoy nuestra juventud y cómo se acerca y rodea al primero que se le presenta como su nuncio? Aprovechemos tan feliz disposición. Pues es la verdad siempre antigua y siempre nueva, ofrezcámosla, y todos la aceptarán, unos antes y otros después, sin preguntar de qué manos la reciben, como el náufrago admite con gratitud el bote que debe ponerle en salvamento, sin averiguar si pertenece a nave amiga o enemiga. Por lo pronto nuestros cooperadores serán pocos; pero nuestro número crecerá de día en día en progresión geométrica y más pronto talvez de lo que imaginamos podremos entoñar el *hosanna* de un triunfo tanto más glorioso cuanto más pacífico e incruento. Entonces quedarán reali-

zadas nuestras aspiraciones políticas: ver fundada la República representativa sobre las leyes eternas de la justicia; regida por la moral que enseña la sublime religión que afortunadamente profesamos, y de tal modo organizada, que en ella los intereses materiales y políticos no entren jamás en pugna con los morales y religiosos, si no que unos y otros concurren al sostenimiento de la Paz, a la seguridad de nuestros derechos y al progreso de la nación en orden y libertad.